opusdei.org

Historia de una sonrisa

Varios amigos le convencieron para que se dejara grabar una entrevista, pero el rápido desenlace de la enfermedad truncó el proyecto completo. Y es que los amigos de Álvaro, que falleció en abril a causa de un sarcoma de Ewing, admiraban su entereza y alegría.

24/11/2012

Álvaro Marín Porgueres nació en Valladolid el 29 de junio de 1974. Era

el quinto de seis hermanos. Cuando tenía 12 años le diagnosticaron un sarcoma de Ewing, contra el que luchó hasta el final de su vida. Sus padres le educaron cristianamente y en 1994 pidió la admisión como supernumerario del Opus Dei. En 2001 se casó con María. Su padre falleció en julio de 2011, a consecuencia de un cáncer. Su ejemplo fue de gran ayuda para Álvaro, que falleció el 2 de abril de 2012, bajo la mirada de una imagen de la Virgen Macarena, de la que había sido muy devoto.

Al poco tiempo, su hermano Javier, sacerdote, escribió este artículo.

La primera idea es que, echando la vista atrás, hemos experimentado la verdad de que cuando las almas se dejan manejar por Dios, Él las va preparando y, en el mejor momento, cuando están mejor preparadas, las llama a su encuentro definitivo. Álvaro, era comentario común entre

todos los hermanos, se ha ido metiendo más en Dios en estos últimos meses. Desde diciembre empezó a tener muchos más problemas, ingresos en Pamplona, de urgencia en Valladolid, tratamientos… Por la vía de los hechos veía y asumía que, no sólo no se recuperaba tan bien como antes, sino que estaba cada día peor. Iba perdiendo movilidad, capacidad para andar… en las últimas semanas tuvo tres pérdidas de conocimiento; la tercera ya estando por última vez ingresado en la Clínica. La metástasis se le había ido a la cabeza, le tocaba también un nervio y eso le producía muchos dolores, en concreto en el brazo derecho que, aunque podía moverlo, no podía utilizarlo: había perdido toda la fuerza en ese brazo y eran muchos los dolores que tenía cuando se le tocaba.

El martes 27 de marzo el médico anunció a mi madre y a mi hermana

que no se podía hacer nada más. Puchi entró en la habitación. Álvaro le preguntó enseguida: ¿qué más ha dicho el médico? Y fue ella la que tuve que decirle que no se podía hacer más. Entonces, ¿no queda más que esperar? Fue su única respuesta. Y así, con esa tranquilidad.... Estaba con mi madre, con mi hermana Puchi y con Toché. Por la tarde fuimos llegando el resto de los hermanos y su mujer; no sin cierto riesgo como puede contar Conchita, puesto que nuestro afán era poder ver a Álvaro, despedirnos de él: su situación el martes por la tarde había empeorado mucho y temíamos que no llegáramos a verle. Gracias a Dios, y a la oración de tanta gente, llegamos todos bien. Álvaro quiso esperarnos para recibir la Unción de enfermos con todos nosotros. Quería trasmitirnos tranquilidad, felicidad, serenidad: quiso que se encendieran todas las luces de la habitación, aunque le molestaban un poco; no

quería causar pena, estaba contento de poder recibir la gracia de Dios que le preparaba para su encuentro definitivo.

Después pasó dos días muy malos: dolores, no podía dormir… El jueves a mediodía su médico le indicó que le iba a dar una medicación para que durmiera: necesitaba descansar y al día siguiente iba a estar mucho mejor. Yo estoy convencido que Álvaro sabía perfectamente que ya no se iba a despertar. Esa misma mañana había estado hablando con su anestesista sobre la posibilidad de dormirle: de alguna manera, con esa delicadeza de conciencia, quería saber si podía pedir eso, o si quizá también era como tirar un poco la toalla. Como es evidente, el médico le trasmitió que en su situación era algo no sólo lícito sino necesario porque los dolores eran muy fuertes y cada vez iban a más. Con todo esto, cuando su médico le anunció que le

iba a dormir, Álvaro le agarró la mano, le tiró hacia abajo con fuerza para que se agachara y con la poca voz que tenía le dijo, sonriendo: muchas gracias. Así, con un simple muchas gracias se despidió de él y de todos nosotros. Y con esa sonrisa, bajo la imagen de Nuestra Señora la Esperanza Macarena, a la que tanta devoción tenía, se durmió serenamente.

Aunque verle con esa sonrisa y esa serenidad nos había dejado a todos muy tranquilos, los días posteriores fueron un poco agobiantes. Es una mezcla de sentimiento difícil de explicar y de vivir. Por un lado estás contento de verle que descansa después de unos días en los que sufrió mucho; por otro lado estás esperando que se muera y eso, evidentemente, cuesta aceptarlo; a la vez, como van pasando las horas tienes momentos en los que te ríes, hablas con mucha gente, con la

contradicción interna de tener a tu hermano en la cama del hospital, muriéndose. El lunes, 2 de abril, aniversario del fallecimiento de Juan Pablo II, se durmió definitivamente en el Señor, con su crucifijo en la mano y la estampa con reliquia de Juan Pablo II y don Álvaro que le habíamos puesto en la almohada.

Mi madre, su mujer y los demás hermanos estábamos todos en la habitación en ese momento. Es difícil explicar la serenidad que nos trasmitió su marcha al Cielo. Sí, estábamos con pena, lloramos, lloramos mucho, pero qué alegría; ahora sí podíamos decir con unas palabras que mi madre repetía mucho, ¡misión cumplida Álvaro! ¡¡Y qué bien la has cumplido!! Volvimos a darle todos un beso; lo acabábamos de hacer poco antes cuando veíamos que el momento era inminente; a todos nos salió decirle por lo bajo, como podíamos: ¡gracias!

Con mucha naturalidad fuimos recogiendo las cosas que tenía encima: el crucifijo, las estampas, un escapulario, una foto mía con él que había puesto en la cabecera de la cama… todo lo guardábamos como una auténtica reliquia. Toché y yo ayudamos a las enfermeras a limpiarle y amortajarle. Pocos días antes nos había dicho que quería que fuéramos nosotros quienes lo hiciéramos: pienso que tenía en la cabeza que sus dos hermanos sacerdotes hicieran de nuevo de mediadores y prepararan por última vez su cuerpo para el encuentro con Dios. El martes anterior ya Toché le ayudó a preparar su alma cuando Álvaro le pidió que le confesara; cosa que no sé cómo pudo hacerlo porque a mí me hubiera resultado muy difícil.

A medio día pudimos celebrar Toché y yo una Misa por Álvaro en el velatorio de la Clínica. Con su cuerpo

presente, la familia y algunos amigos, médicos y enfermeras que pudieron acompañarnos en ese momento, celebramos, llorando pero alegres, la Misa. Y le volvimos a dar un beso en el rito de la paz, con gran satisfacción, orgullo, o llámalo como quieras.

Durante esos días, y después en Valladolid, hubo mucha gente que nos contaba lo mucho que Álvaro les había ayudado. Con una conversación, con su alegría, con su deseo de ayudar y darse a los demás, con sus ganas de vivir cada día, disfrutar y aprovechar cada minuto que Dios le concedía, estuviera sano o enfermo, con su gran corazón que le llevaba a querer mucho y dejarse querer, disfrutando de ese cariño.

En este sentido, el martes por la mañana, cuando su médico le dijo que ya no se podía hacer más, quiso que le grabaran los de la televisión

de la Clínica. Les había conocido unas semanas antes porque querían hacerle una entrevista, viendo que podía ser un testimonio que ayudara a otros muchos enfermos. El caso es que se quedó a solas con el cámara y comenzó a despedirse de cada uno de nosotros. Nos dice en unos pocos minutos, con una voz difícil pero con mucha serenidad, sin llorar, sin estar nervioso, derrochando paz, que estemos muy tranquilos, que esto es algo por lo que todos tenemos que pasar, que él está muy contento, que conforme más datos tiene de su situación más tranquilidad le da, que no lloremos –aunque siempre que vemos el vídeo ya estamos todos llorando- que va a ver a mi padre y que podrá, una vez más, agradecerle todo lo que ha hecho por él. Nos pide también que cuidemos de su mujer. A ella también le grabó unos minutos de vídeo.

En la Clínica, en Valladolid, en el tanatorio y el funeral, hemos visto muchas personas, gente sencilla, amigos de Álvaro: profesionales con los que había trabajado, clientes de la óptica, vecinos de la óptica, el frutero de al lado, unas señoras muy mayores que le conocían de ir a la tienda de al lado, su ortopeda… y así tantos que se han quedado impactados y agradecidos por haber podido compartir, aunque sea unos minutos con Álvaro.

Estos días como comprenderás tenemos en la cabeza todas estas experiencias, y los sentimientos son comunes. La vida de Álvaro ha sido tan fructífera, tal como hemos experimentado en estos días, porque ha sabido aceptar siempre la voluntad de Dios; no con resignación, sino con agradecimiento. Esa voluntad de Dios, a veces tan misteriosa, ha forjado una gran personalidad desde los 12 años que

comenzó la enfermedad; una personalidad capaz de sacrificio, de entrega, de renuncia…. Capaz de valorar lo que realmente es importante en la vida: dar gracias a Dios por la vida que podemos vivir, estemos sanos o enfermos, dar gracias a Dios por las personas que nos quieren y nos cuidan, y aprender de Él a querer, a amar y servir a todas las personas.

La enfermedad de Álvaro, 25 años que se dicen pronto, han valido la pena. Con él, hemos experimentado todos sus hermanos cuánto nos quieren nuestros padres: qué capacidad de sacrificio, de entrega, de amar. La enfermedad de Álvaro nos ha llevado a estar, si cabe, más unidos que nunca, unido en Álvaro que ha sido siempre el centro de nuestros desvelos, oraciones, tiempo y dedicación. ¿Vale la pena? Claro que sí; qué mas da el tiempo que no hemos podido dedicar a tantas

actividades buenas, a cultivar nuestras aficiones, a hacer nuestros planes; en mi casa nunca se ha oído hablar de lo que queremos, nos gusta, nos apetece; en mi casa siempre se ha hablado de: “Álvaro, ¿qué necesitas?”. Y eso es lo que ha hecho, con la gracia de Dios, que cada uno de los hermanos estemos donde estamos, y como estamos.

Es evidente que después de tanto esfuerzo y dedicación terminámos todos muy cansados. Es evidente que por la fuerza ahora estamos más descansados; ya no tenemos que invertir tanto tiempo en Álvaro; pero para mí y para todos mis hermanos y mi madre, eso no es un privilegio porque nosotros, si pudiéramos, seguiríamos dándonos a Álvaro otros 25 años más.

Yo ahora cuento con Álvaro para que nos ayude a todos a seguir su mismo camino. Un camino de entrega

sacrificada, que es la única entrega cierta, a la voluntad de Dios. Que aprendamos todos que la renuncia a nuestros planes, gustos, aficiones, por Dios y los demás no es algo amargo. Se sufre, se llora, se padece, pero es lo que nos consigue la verdadera paz, serenidad, alegría y satisfacción. Todo lo demás es pasajero. Álvaro con su muerte perdió todas las cosas materiales y ambiciones humanas que pudiera tener. Pero se llevó, y eso es lo importante, un gran corazón que supo amar, sufrir, darse; un corazón a la medida del corazón de Jesús, que le permitió ir a su encuentro con alegría. Yo, como he repetido a algunos amigos estos días, yo quisiera morir como mi hermano, porque esa es la muerte que da vida, que está llena de fe, esperanza y caridad.

Además de renovar el propósito de buscar siempre y en todo la entrega a

la voluntad de Dios, Álvaro nos ayuda a reafirmarnos en el convencimiento del tesoro incalculable que supone cuidar a un enfermo. En las últimas semanas habíamos leído mucho una oración de la Beata Teresa de Calcuta, con la que termino esta carta, y que son como el resumen de la vida de Álvaro, y de lo que mis padres y los hermanos hemos aprendido en todo este tiempo y procurado vivir:

¡Oh Jesús que sufres! Haz que hoy, y cada día, sepa yo verte en la persona tus enfermos, y que ofreciéndole mis cuidados, te sirva a Ti. Que sepa reconocerte y decir: Jesús que sufres, cuan dulce es servirte. Dame Señor esta visión de fe y mi trabajo jamás será monótono. Querido enfermo, me resultas aún más querido porque representas a Cristo. Qué privilegio se me concede al poder ocuparme de Ti! Oh Dios! Puesto que Tú eres Jesús que sufre, dígnate ser para mí también un

Jesús paciente, indulgente hacia mis faltas, que no mira más que mis intenciones que son de amarte y de servirte en las personas de cada uno de tus hijos que sufren. Señor, auméntame la fe. Bendice mis esfuerzos y mi trabajo, ahora y siempre.

Mi pensamiento y oración de estos días: ¡misión cumplida Álvaro! ¡y qué bien cumplida! Gracias.

Javier Marín

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-ni/article/historia-de-una-sonrisa/ (05/12/2025)